

// Reseñas //



Itinerarios heterodoxos. Huellas para leer las literaturas de la Argentina

Andrea Bocco, Cecilia Corona Martínez (Dirs.)

Editorial TeseoPress

2023

Juan Ezequiel Rogna¹

Recepción: 25 de agosto de 2023 // Aprobación: 24 de octubre de 2023

Pocas ocasiones nos encontramos frente a una obra que encarna el trabajo sostenido a lo largo de tres lustros por un mismo equipo de investigación. En términos estrictos, fue hace diecisiete años cuando vio la luz el proyecto original, radicado en el Centro de Investigaciones María Saleme de Burnichon (FFyH-UNC); y a lo largo de este tiempo, amén de varias publicaciones individuales, la exploración de corrientes literarias heterodoxas halló cauce en cuatro volúmenes colectivos que, paralela y paulatinamente, se dedicaron a afinar el instrumental teórico, establecer periodizaciones y ampliar el corpus de análisis.

¹ Doctor en Letras por la Universidad Nacional de Córdoba. Miembro del Proyecto de Investigación: “Literatura y política: construcción de identidades y configuraciones estéticas de lo popular en la narrativa argentina. 1960-2015” (Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades, UNC). Profesor Asistente de la Cátedra Literatura Argentina II (Escuela de Letras, FFyH, UNC).

Al dirigirnos a esta cuarta entrega, lo primero que notamos es la continuidad y el contraste si cotejamos su título con el del primer libro aparecido en el año 2011: *Heterodoxias y sincretismos de la literatura argentina*. Permanece la categoría “heterodoxia” y el concepto “sincretismo” pierde peso relativo, mientras el objeto de estudio se pluraliza. Ahora son “las literaturas” de la Argentina. Se evidencia aquí el influjo -o al menos cierta sincronicidad- de la RELA, la Red Interuniversitaria de Estudios de Literaturas de la Argentina urdida en la misma época en que emergieron tanto los proyectos dirigidos por Corona Martínez y Bocco como aquella publicación primigenia. Esta reconfiguración al plural cuestiona la colonización ejercida por la metrópoli porteña que, desde *el* nacimiento de *la* literatura argentina orquestado por David Viñas y compañía, se arrogó la representatividad de la nación y les otorgó a las provincias del mal llamado “interior” representaciones meramente “regionales”. La formulación “literaturas de la Argentina” no es, entonces, un simple giro retórico, sino que se plasma en los estudios concretos del libro. Por citar algunos ejemplos, allí están Liliana Ancalao como autora patagónica y Estela Mamaní o Clementina Rosa Quenel como autoras del Noroeste, junto a Camila Sosa Villada en tanto cordobesa y Gabriela Cabezón Cámara en representación de Buenos Aires. Porque no se trata de soslayar la valiosa literatura porteña sino de integrarla a un sistema mayor donde también se iluminen otras escrituras, estéticas, experiencias y dimensiones afectivas. En este sentido, nos encontramos frente a una tarea crítica que se asume también ética y política y que consiste en visibilizar las vastas regiones geográficas y simbólicas donde habitan expresiones culturales que se apartan del minúsculo foco delineado por el canon.

Señalado lo anterior, diremos que los trabajos abordan sobre todo autores/as desplazados/as a lo largo y ancho del territorio argentino, e incluso más allá. Allí están Sandro Rodríguez, nacido en Salta pero residente en Córdoba; o Rafael Urretabizkaya, oriundo de Buenos Aires pero habitante de Neuquén desde su juventud; o Delfina Bunge, quien también nació en Buenos Aires pero vivió y murió en la ciudad de Alta Gracia; o Rodolfo Walsh, rionegrino afincado en Buenos Aires de quien Julia Cisneros recupera, además, sus crónicas de viaje por el Noreste argentino; o Manuel Ugarte, eterno nómada abordado en los artículos de Caminada Rossetti y Corona Martínez; o Javier Sinay, Julián Varsavsky y Mori Ponsow, tres porteños que, según Javier Mercado, acaban cronicando su imposibilidad de acceder a la voz de una otredad nipona.

El segundo hallazgo es que aquí hay una red categorial de elaboración propia. En primer lugar, tenemos la invención de “heterodoxia literaria”, categoría que dialoga con otras como “sincretismos”, “vanguardias”, “rupturas”, “canon”, “márgenes”, “hibridación” y

“periferia”. En un principio, los/as integrantes del equipo la emplearon para referirse a la mezcla de esoterismo cristiano, teosofía, espiritismo y otras discursividades procedentes de las religiones de Oriente Medio que se entramaban en una serie de obras publicadas entre fines del siglo XIX y principios del XX. A este corpus también se agregaban textos de impronta socialista o anarquista o de fuerte contenido cientificista y positivista que podían, incluso, conjugarse con las corrientes anteriores. Lo heterodoxo literario no refiere entonces a la posición de un/a determinado/a autor/a, “sino al carácter receptivo o expulsivo que la dinámica del propio campo opera sobre ciertos textos por su tema, carácter o factura” (20). De este modo, podría pensarse en escritores insertos en la dualidad dispuesta por el canon y la heterodoxia, tales como Ricardo Güiraldes, Roberto Arlt, Julio Cortázar o Rodolfo Walsh. Por otra parte, los/as autores/as afirman que lo heterodoxo no se constituye necesariamente desde la asunción de una vanguardia, sino que, por el contrario, “lo arcaizante o conservador también puede ser leído en clave heterodoxa, en relación con una ortodoxia progresista” (22). Esto se evidenció, por ejemplo, en la década de 1920, cuando la vanguardia martinfierrista se instituyó como centro y la escritura de mujeres demarcó lo heterodoxo desde el conservadurismo estético.

La heterodoxia también es definida aquí como un método que “intenta hacer cruzar los patrones de lectura que se aplican comúnmente a partir de la herencia occidental” (21). Sobre este punto se introduce la noción de “libro extraño” de Ricardo Piglia, lo cual permite abrir un paréntesis para el eventual debate: ¿acaso nuestro canon se compone en buena medida de libros extraños, es decir, de “obras informes” e inclasificables en un determinado género discursivo? Entre ellas y desde luego, el *Facundo* de Domingo Sarmiento; pero también *Adán Buenosayres* de Leopoldo Marechal, *Operación Masacre* de Rodolfo Walsh, *Rayuela* de Julio Cortázar, *Museo de la Novela de la Eterna* de Macedonio Fernández o *Respiración artificial* del propio Piglia.

Como herramienta conceptual, la heterodoxia igualmente habilita “modos y recorridos alternativos para leer, sistematizar e historizar la presencia de líneas disruptivas en diversos momentos del desarrollo de las literaturas en Argentina” (21). Por lo tanto, se trata de una categoría relacional, relativa e histórica que complementa y enfrenta de manera asimétrica a la ortodoxia y que puede, o no, disputar su hegemonía. A la vez, en su variabilidad histórica, lo que en un pasado resultó heterodoxo en el presente puede considerarse ortodoxo y/o viceversa. Tal sería el caso de la práctica escritural femenina, ayer heterodoxa y hoy felizmente ortodoxa. Pero también lo serían las escrituras fronterizas recientes frente a la literatura de fronteras decimonónica; algo que no se alcanza a visualizar cuando en el libro se

ubicar novelas representativas de escritores/as reconocidos/as como Leopoldo Brizuela, María Rosa Lojo o Guillermo Saccomanno, u obras consagratorias como *El país del diablo* de Perla Suez, bajo el paraguas de la heterodoxia.

Para culminar con esta breve referencia a la “heterodoxia literaria”, podría considerarse que gran parte de lo que se escribe es heterodoxo, razón por la cual el objeto se torna por definición inabarcable. En este sentido, resulta pertinente el término “itinerarios” en el título del libro y, tal como lo proponen sus autores/as, la periodización establecida en cuatro momentos (fines del siglo XIX y principios del XX, década de 1940, interregno entre los ‘50 y los ‘60, postrimerías del siglo XX e inicios del XXI) no clausura otras posibilidades.

Más allá de esa categoría de factoría propia, la obra presenta un marco teórico compartido, sólido y productivo para los diferentes textos analizados. A las nociones referidas se añaden, entre otras, la “fagocitación” de Rodolfo Kusch, los “geotextos” de Jorge Torres Roggero, lo “ch’ixi” de Silvia Rivera Cusicanqui o el “retombée” de Severo Sarduy. Son, al decir de Rivera Cusicanqui, “conceptos metáfora” que no solo están en sintonía con los objetos de estudio, sino que también derivan del pensamiento simbólico de raigambre popular históricamente negado por la academia. El libro se alinea entonces con una perspectiva decolonial que establece contrapuntos con el logocentrismo, el eurocentrismo, el antropocentrismo, el androcentrismo, el grafocentrismo y el monolingüismo; y los trabajos buscan detectar las marcas de colonialidad de nuestra matriz cultural e indagar, a la vez, en otras formas de abrir el mundo por fuera de las lógicas pragmatistas, extractivistas, machistas.

Para finalizar, recuperamos la metáfora de las “pepitas de oro” que Axel Gasquet invitaba a advertir en los textos de Bunge para extenderla hacia todos los trabajos articulados en este volumen. En efecto, la tarea crítica que se asume ética y política ausculta las “huellas” de aquello que, estando presente, aún no ha sido advertido. Esa “poética del rastreador” que Torres Roggero supo detectar en Sarmiento, Taborda o Kusch se actualiza en estas páginas y habita las fronteras con sus múltiples dualidades. La imagen de tapa grafica esos trazos descubiertos en un espacio multicolor, de formas irregulares y colores abigarrados. Desde ese lugar de enunciación, los itinerarios que se trazan van, como el gaucho rastreador, tras las huellas de algo que sobrevivió y todavía late, como el pronombre dual en el mapuzungun reaprendido por Ancalao, la sintaxis quechua en los cuentos de Quenel, el antiimperialismo de Ugarte, el feminismo católico en los ensayos de Bunge o el yo inestable, multifacético y metamórfico de las obras de Medina Onrubia, Cabezón Cámara y Sosa Villada.

Descarga gratuita: <https://www.teseopress.com/itinerariosheterodoxos/>